

LA POLÍTICA EXTERIOR

Salvador RODRÍGUEZ y RODRÍGUEZ*

Es convicción en nosotros considerar que no es posible comprender en toda su significación las posiciones y los planteamientos que en materia de Política Exterior expresados en el segundo Informe, sin previamente anotar y mínimamente comentar las condiciones coyunturales y algunos de los conceptos fundamentales que los enmarcan.

- 1º En cuanto a la visión del futuro, el Informe da muestras de un optimismo exagerado que contrasta con los graves problemas estructurales que afronta el sistema capitalista mexicano: la incapacidad productiva, el desempleo masivo, la miseria de millones de mexicanos y los desequilibrios de todo orden, son algunos de los rasgos más característicos de la situación actual del país.
- 2º El puntal de dicho optimismo está representado por la existencia en el país de una relativa abundancia de petróleo, susceptible de ser explotado y exportado masivamente. Así, el tema del petróleo se convierte en el caballito de batalla del actual régimen. Representa el remedio, se piensa y se dice en los medios oficiales, de todos nuestros males. El jefe del Ejecutivo también está persuadido de ello: "En 1938 —nos dice en el Informe—, vivimos la hazaña de Cárdenas: la expropiación petrolera que ahora cobra su inmensa trascendencia: nos da la oportunidad de *regir nuestro propio destino*, si tenemos la habilidad de *organizarnos con equidad* para procurar con audacia y talento, el bien común y la *consolidación* de nuestro Estado-Nación". (Los énfasis son nuestros).
- 3º En función de lo anterior, el diseño y puesta en práctica de una política reformista *ad hoc* capaz, según López Portillo, de procurar el bien común y consolidar el Estado-Nación, de «regir nuestro propio destino» y ya no ser regidos desde el exterior —pareciera decir el propio López Portillo— significa tener habilidad para organizarnos con equidad. El Estado mexicano ha creído

* Miembro del PEG-UNAM.

encontrar la fórmula mágica una vez más en el reformismo de todo tipo y en todos los órdenes. Junto con el tema del petróleo, el reformismo representa el segundo puntal del optimismo que impregna todo el Informe, como puede constatare en las citas siguientes:

[...] podemos afirmar que la Nación es ya de instituciones y leyes; que el petróleo nos brinda certidumbre ante el futuro; [...] El horizonte es claro. El rumbo está fijado. El camino lo haremos todos.

[...] Para establecer confianza básica dentro y fuera del país, manifestamos y certificamos, que no éramos un país en quiebra: había hombres y mujeres, recursos naturales, *petróleo* y ganas de trabajar [...]

Para salir de esta situación [la crisis] propuse una alianza que garantizara los bienes y servicios mínimos [...]; una reforma política que ampliase la representatividad ciudadana; una reforma administrativa, que nos permitiera reorganizarnos; una reforma fiscal, redistributiva del ingreso [...]; una reforma económica que, abarcando la fiscal, contuviera además nuevas políticas de salarios, precios, utilidades, [etcétera]; en conjunto, una reforma social, para la consecución de los grandes propósitos nacionales.

A partir de estas citas, apenas y es necesario insistir sobre el papel estratégico que se le asigna al petróleo en particular y al reformismo en general, para salvar a este país (México) que no está en quiebra, según el presidente, aunque millones de mexicanos se estén «quebrando» debido a su situación de miseria e ignorancia en la que viven.

- 4º Por último, nos falta dejar establecido el marco estructural a partir del cual el Estado mexicano ejercerá su habilidad para «organizarnos con equidad para procurar con audacia y talento, el bien común y la *consolidación de nuestro Estado-Nación*».

Al respecto, el jefe de la nación no podía ser más claro en su Informe al definir el tipo de estructura capitalista subdesarrollada que caracteriza y hace funcionar a la sociedad mexicana, aunque, claro está, cuidándose de no llamar las cosas con su nombre. En efecto, "Nuestro ámbito de acción —declara— está delimitado por

tres factores, que *no pueden alterarse*, so pena de desencadenar reacciones muy negativas y de magnitud insospechada:

- por cuestiones históricas y geográficas vivimos en una *economía de mercado*; [léase economía capitalista];
- nos rige un sistema legal que garantiza, tanto derechos individuales, incluida *la propiedad privada*, como sociales; [léase sistema legal burgués];
- y la libertad cambiaria es una constante forzosa de nuestra condición”.

A partir de esta definición del sistema capitalista subdesarrollado mexicano ¿puede haber duda acerca del determinismo histórico y geográfico que nutre la mentalidad del jefe del Estado? Su razonamiento es simplista: porque se nos impuso mediante un proceso histórico largo y brutal el sistema de organización capitalista (de la colonia a la dependencia estructural), vivimos en una economía de mercado. Lo peor es que, según López Portillo, estamos condenados a seguir viviendo en ella al no poder alterarla, “so pena de desencadenar reacciones muy negativas y de magnitud insospechada”. En cuanto a su determinismo geográfico, para él es una verdad amarga y eterna el dicho popular que dice «pobre de México, tan lejos de Dios y tan cerca de los norteamericanos».

Como sustento de la primera premisa, el jefe del Ejecutivo enfatiza que nos «rige un sistema legal que garantiza la propiedad privada» (se entiende que tanto la nacional como la extranjera), fuente original de la explotación del hombre por el hombre y de todas las desigualdades sociales. En cuanto a la libertad cambiaria, «constante forzosa de nuestra condición», el hecho es claro: se refiere indiscutiblemente a nuestra condición de país capitalista altamente dependiente de los intereses del imperialismo capitalista mundial, y del imperialismo yanqui en particular. Como índices de dicha dependencia y vulnerabilidad de la economía mexicana baste aquí mencionar que al 30 de junio de 1978, el saldo total de la deuda externa era del orden de 25 mil millones de dólares, según el propio Informe, es decir, 575 mil millones de pesos mexicanos aproximadamente;*

* “En total, el gobierno mexicano debe a los bancos privados internacionales —tanto estadounidenses como de varios países europeos, Canadá, Japón e inclusive de Israel— unos treinta mil millones de dólares”, *cf. Excelsior*, 26 de septiembre de 1978, p. 14-A. A la cifra anterior habría que agregar los intereses que bien podrían ser del orden de los 3 o 5 mil millones de dólares.

un poco más de las dos terceras partes de su comercio exterior lo realiza con los Estados Unidos (cerco peligroso del bilateralismo); el mayor porcentaje de las inversiones extranjerías en el país son estadounidenses, y por lo mismo, los mayores montos de remesas por concepto de utilidades, intereses, regalías, etcétera, van a engrosar las cajas fuertes de los monopolios norteamericanos.

Así pues, ante la degradación que ha sufrido la economía del país en los últimos cinco años como consecuencia de la crisis interna e internacional, y el lógico debilitamiento relativo del Estado mexicano (representante natural de la burguesía nativa), la política exterior expuesta en el Informe refleja un claro abandono, tanto de las pretensiones de liderazgo del llamado Tercer Mundo que caracterizaron al régimen anterior (liderazgo fundado, como sabemos, en un seudo antimperialismo), así como de los intentos por lograr una mayor autonomía respecto de los Estados Unidos. En el primer aspecto, el tono ahora es más débil y opaco, en el segundo, el discurso es reconciliador.

En efecto, todavía en el primer Informe se declaró que “La historia de México es la lucha contra el colonialismo y sus vestigios, que proyectamos en nuestra solidaridad con los países en desarrollo”, en este segundo Informe ni una palabra al respecto. Lo que campea son las frases y pronunciamientos de orden general que obedecen más a una inercia diplomática heredada del régimen anterior que a una convicción en sus resultados: la política internacional de México, se dice, sigue siendo una política de principios [...]; participamos en el empeño por transformar el sistema internacional; queremos un mañana de naciones corresponsables y no de superpotencias [la misma tesis de la división del mundo entre países ricos y países pobres, los dos imperialismos: capitalista y socialista contra el Tercer Mundo, visión hartamente engañosa y mistificadora]; entramos en las negociaciones para un desarme universal; lucharemos porque los gigantes nos entiendan para que merezcan un poder que puede ser *bendición* de la humanidad y hoy es azote de los pueblos; en resumen: “Batallamos en todos los foros por la implantación de un nuevo orden económico. Al respecto todo se ha dicho, casi nada se ha hecho. Como no tenemos más armas que nuestros principios y nuestra palabra, seguiremos esgrimiéndolas hasta que la energía de los pueblos y el poder de la razón, los hagan realidad en la que impere el derecho internacional”.

Notemos que todos estos pronunciamientos de orden general son retomados casi al pie de la letra del régimen anterior. Sin embargo,

cuando se toca el tema de las relaciones de México con los Estados Unidos, el discurso se hace conciliatorio: frente a la aspiración del régimen anterior (aunque de naturaleza ilusoria) de "superar la barrera del aislamiento y el cerco de un peligroso bilateralismo al que nos conducía la inercia de la dependencia" (ver sexto Informe de Luis Echeverría), en su primer Informe López Portillo declara que "Establecer bases y fórmulas de una *nueva relación* fue el propósito de nuestra visita a Washington [...] En ella dejamos claramente sentada nuestra posición de dignidad, respeto mutuo y trato equilibrado ante el poderoso amigo (*s.n.*); en el segundo Informe se declara algo similar: "Prestamos especial atención a las relaciones con nuestros vecinos. Buscamos soluciones a los problemas que surgen, demandando únicamente lo que ofrecemos; solidaridad y respeto. Funcionan satisfactoriamente los sistemas de análisis global y soluciones coordinadas, que acordamos en la visita que hicimos a los Estados Unidos, para evitar, visto el incremento constante del intercambio, confusiones, interferencias o peligrosas deformaciones". Se agrega además, en un desplante de dignidad provinciana, que "Las cuestiones mexicanas, no corresponden al ámbito doméstico de los Estados Unidos [...] Comprenderlo así es la base de nuestra amistad [...]" ¡Hasta cuando se entenderá que los Estados Unidos no tienen amigos, sino intereses!

En ese mismo tenor, y respecto a las relaciones de América Latina con los Estados Unidos, Luis Echeverría declaraba el 1º de septiembre de 1976 que "Los países latinoamericanos tienen ante sí la responsabilidad histórica de rechazar la inercia que los circunscribe a las relaciones continentales, hacer a un lado pretendidos determinismos geopolíticos y abrirse al intercambio y a la solidaridad con los pueblos que en otros continentes se comprometen en la misma batalla por su afirmación nacional". El mismo día, un año después, López Portillo sólo anotaba que "El incremento de los contactos de México con los países de América Latina tiene objetivos bien definidos: promover y reforzar mediante apoyos concretos su unidad funcional a fin de presentar un frente único ante tantas fuerzas disgregadoras [...]"

Así pues, en materia de política exterior, hemos pasado de la demagogia del Echeverrismo a la retórica moderada y realista del Lópezportillismo. Realismo que resume, en última instancia, nuestra condición actual de país capitalista subdesarrollado y, hoy más que nunca, altamente dependiente del imperialismo yanqui.

Como prueba de lo anterior, recordemos una vez más los tres

factores que delimitan la acción del Estado mexicano y que "no pueden alterarse, so pena de desencadenar reacciones muy negativas y de magnitud insospechada": 1º Por cuestiones históricas y geográficas, estar condenados a vivir en una economía de mercado; 2º Estar regidos por un sistema legal que garantiza la propiedad privada (nacional y extranjera), y 3º Mantener la libertad cambiaria, puesto que es «una constante forzosa de nuestra condición». Ante tal determinismo histórico, geográfico y económico, cómo no poder explicar los continuos llamados que el jefe del Ejecutivo hace a los norteamericanos en términos de comprensión, respeto, solidaridad y amistad, como única posible vía, por el momento, de poder resolver problemas tan ingentes como la emigración de braceros, aumentar el comercio y, sobretudo, la venta masiva de gas natural y petróleo (actualmente el 80% de nuestras exportaciones de este producto van a los Estados Unidos).